

GUSTAVO DUDAMEL Y LA SINFÓNICA DE LA JUVENTUD VENEZOLANA SIMÓN BOLÍVAR

POR CARLOS FERRER ARGOTE



Palacio de las Bellas Artes, México



Maestro Gustavo Dudamel

La capacidad de asombro suele ir en proporción inversa a la vida de cualquier mortal y 67 años la reducen considerablemente. Mas en ese marco, la noche del 15 de noviembre de 2007 en el mexicano Palacio de Bellas Artes me ha cimbrado como pocos eventos en medio siglo de melomanía.

Como cualquier arte la música sinfónica, una de mis afortunadas aficiones, puede ir de lo sublime a lo ridículo. Las grandes orquestas o batutas

suelen ser garantía de excelencia, como lo pueden ser algunos escenarios donde, por definición, sólo se escucha algo bueno.

Gustavo Dudamel y la Sinfónica de la Juventud Venezolana Simón Bolívar, lo confieso, no me decían mayor cosa veinticuatro horas antes. Mi ignorancia era enorme, casi imperdonable, pero el comentario de uno que sabe más que yo, hizo que al siguiente amanecer no titubeara en procurar entradas para el concierto de esa noche. Tuve suerte.

La juventud no está divorciada de la excelencia. Mozart es, en la música, el ejemplo más conspicuo. Sin embargo, la madurez suele ser más pródiga que la infancia o adolescencia. De ahí que ver un escenario cargado de jóvenes muy jóvenes invitaba, de entre, a una gran expectación. Y vaya si la encontramos.

La batuta en manos de un Dudamel a sus 26 años rubricaba un entorno de frescura que resultó contagiosa al escucharse los primeros compases de las danzas sinfónicas de West Side Story. La partitura de Bernstein, que mi generación escuchó innumerables ocasiones tanto en las salas cinematográficas como en grabaciones, aparecía de pronto con una genuinidad musical insospechada. Los jets y los sharks del libreto teatral y fílmico tenían las edades aproximadas del centenar de atrilistas. Y el drama shakespeariano trasladado al barrio oeste neoyorquino parecía fluir por sus tiernas venas. Lo anterior sin olvidar que en el libreto de Arthur Laurents los hijos del caribeño Puerto Rico escenificaban la mitad de aquel drama.

Un concierto, o un recital para el caso, es para escucharse. Mas en esta ocasión fue evidente que teníamos en escena un espectáculo que también debía verse. Dudamel, tan joven como sus pares atrilistas, ejerció una maestría y un magnetismo intensos entre director y ejecutantes, y el público no tardó en percatarse de esa magia. Sentía uno que cada átomo sobre el entablado, hasta los mismísimos instrumentos, respondía a las cadencias más nobles de la partitura.

La segunda parte del programa, la quinta sinfonía de Mahler, nos reservaba una obra profunda que, a no dudarlo, pone a prueba a cualquier director y orquesta. Surgió así la fuerza e intensidad lírica con que Dudamel expuso los diversos pasajes del primer movimiento en la meditación del hecho contundente de la muerte. La maestría de su batuta se dejó sentir en el manejo magistral de los estados de ánimo cambiantes, presagio del scherzo en la aparente soltura de júbilo de vals vienés con momentos de drama y contemplación nostálgica.

El adagietto surgió como un bálsamo en el cual las cuerdas y el arpa penetran los terrenos de lo sublime para dar paso a un final con intensos

tonos contrapuntísticos. La obra, que iniciara con un sello fúnebre, concluyó así en medio de destellos luminosos.

A lo largo de la interpretación mahleriana, Dudamel nos ofreció el diálogo permanente entre todos los instrumentos. Cabe señalar que los frecuentes solos apuntaron más a la solidez de conjunto que a lucimientos individuales.

Las cataratas de aplausos y bravos no se hicieron esperar. Ante la insistencia del público el joven director obsequió como encore el danzón número dos de Arturo Márquez, quien ocupaba uno de los palcos. Vinieron a continuación un popurrí de canciones venezolanas, el Huapango de José Pablo Moncayo, y finalmente el mambo de West Side Story que habíamos escuchado a los inicios del programa.

Concluyó así una velada memorable. Director y orquesta se retiraron pausadamente y lo mismo hizo el público.

En lo personal recapacité que a escasos doscientos metros al este del Palacio de Bellas Artes se encuentra la calle Bolívar, en pleno centro histórico de la capital mexicana. Quiso el destino que el Libertador, aún adolescente, pisara suelo de México la primera vez que viajó fuera de su tierra natal.

Dos siglos más tarde otros jóvenes venezolanos nos han dejado huella de lo mejor del espíritu de ese pueblo hermano.

Enhorabuena.